



NITRA

Carlos Herranz

NITRA



Primera edición: octubre de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Carlos Herranz

© Diseño de portada: Raquel Sanz

ISBN: 978-84-18958-32-8

ISBN digital: 978-84-18958-33-5

Depósito legal: M-27054-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A María Teresa y Alberto,
que siguen muy encima de mí*

1

Llevábamos dos días caminando bajo un cielo copado por cuerpos celestes. Cualquiera habría podido decir que la imagen era de ensueño, y más tratándose de nuestra luna de miel. Y sí, a mí también me lo habría parecido si nuestras caminatas no duraran más de doce horas, estuviéramos correctamente hidratados y no hubiésemos visto fallecer, hacía dos días, a la persona que nos había guiado por las dunas de Erg Chebbi, que era donde creíamos encontrarnos, aunque yo ya empezase a pensar que estábamos caminando en círculos.

Ni Ashley ni yo creíamos que íbamos a morir, pero tampoco hubiésemos pensado que la única persona que nos habría podido ayudar en aquella situación acabaría sepultada bajo un montón de arena y el vehículo que nos había llevado hasta allí inservible.

Se había levantado una cortina anaranjada velando todo el panorama en el momento más difícil, sobre la cresta de la duna, y en un abrir y cerrar de ojos el *jeep* había caído por su borde. Tras varios golpes y perder por completo la visión de un horizonte de tonos castaños, un

gran estruendo nos hizo saber que el vehículo había de-
jado de girar sobre sí mismo. Ashley y yo solo habíamos
sufrido unos rasguños, o por lo menos eso nos pareció
en aquel momento, pero nuestro guía no respondía. In-
tentamos incorporarle y gritamos su nombre (sin parar-
nos a pensar si era muy recomendable en esas situacio-
nes) hasta que entendimos que el chico había fallecido.

Tratamos de darle la vuelta al coche, que se encon-
traba boca abajo y con el techo hundido, pero fue inútil.
Estábamos incomunicados y no teníamos manera de salir
de allí. Así que, después de mucho pensarlo, decidimos
abandonar al guía y el único medio de transporte que ha-
bría podido rebasar todas aquellas dunas y devolvernos a
la civilización, donde encontrar auxilio.

Aun así, no habíamos perdido la esperanza. Sabíamos
que encontraríamos alguna casa, algún refugio, a alguien.
Dormíamos de día, como podíamos, y caminábamos de
noche. El abrasante sol no nos habría dado ninguna otra
opción. Gastábamos, con miedo, el poco agua que nos
quedaba y no comíamos, pero esperábamos encontrar
algo pronto. Aquella era nuestra tercera noche sin rumbo
ni cobijo, y debíamos seguir caminando.

Aunque estuviera cansado, nunca se me habría ocu-
rrido verbalizar cómo aborrecía ahora esas puestas de sol
horribles en que arrancábamos nuestra caminata inter-
minable. La situación no requería de más agravantes, ni
Ashley cargar con más quejas.

—¡Allí!

—¿Qué?

—Allí, ¿lo ves? —exclamó, señalando el horizonte con el dedo.

—No. Solo veo arena.

—¡Allí! —gritó de nuevo, cogiendo mi barbilla y desviando mi mirada.

Una punta oscura asomaba entre las dunas, a lo lejos. Resultaba anómalo, pero en aquel lugar cualquier cosa que no fuese del color de la arena habría resultado extraño de ver. Medí la distancia a ojo y calculé que nos llevaría menos de dos horas llegar hasta allí.

—¡Corre!

Aquella arista de color negro se mimetizaba cada vez más con el color de la noche a medida que nos acercábamos. Pero también crecía, de forma que ya no podíamos perderla. Cuando quisimos darnos cuenta, la punta afilada se había convertido en algo más voluminoso y parecía menos punzante, aunque también formaba parte de algo que no esperábamos ver aquella noche; de hecho, formaba parte de algo que no habríamos esperado ver nunca.

Cuando estábamos a solo unos metros de la cresta de la duna más cercana, acabamos de escalar lo que nos quedaba con manos y pies. El viento volvía a arremolinarse levantando brisas vestidas de arena. Ashley resguardó su cabeza en mi pecho dando media vuelta, de súbito, y tras el vendaval, desvió la mirada de nuevo por encima de la duna. Ante nuestros ojos se erguía lo que quizá nadie a simple vista habría calificado de auxilio: un complejo de aspecto industrial que reposaba bajo la atenta mirada de tres montañas de arena, en medio del desierto.

Nos deslizamos por encima de la cumbre y bajamos por la pendiente cobriza a la carrera, sin apartar la vista del edificio. Se asemejaba a un hangar, de los que usaban en las bases militares para guardar helicópteros y avionetas, pero a escala reducida. Era metálico, de tonos muy oscuros, con luces rojas que parpadeaban y que no habíamos advertido hasta ahora. Imponente y abrumador, se alzaba en el lugar más insospechado y escurridizo. Las dunas que lo rodeaban eran de las más grandes que hubiésemos podido ver aquellos días.

Para cuando llegamos al hangar, la noche solo permitía ver el horizonte contra el cielo estrellado desde la falda de las dunas y pensé que de no haber empezado nuestra caminata a la hora en que lo habíamos hecho, no habríamos descubierto nunca el lugar.

—Tiene que haber alguna manera de entrar —dijo Ashley.

Aquella nave parecía cerrada a cal y canto. No se oía nada, ni siquiera un mínimo repiqueteo contra alguna de sus estructuras metálicas. Tampoco voces. Se respiraba una sensación de abandono que hacía pensar que habíamos dado con una vaga esperanza.

Al rodearlo, descubrimos su puerta principal, pero estaba cerrada. Creo que los dos habríamos esperado algo más amplio; sin embargo, aquella abertura cubierta por una especie de persiana, que presumiblemente daba acceso a su interior, no medía mucho más que una puerta de una casa.

Nos quedamos sin habla. Ashley empezó a sollozar y, a continuación, se hincó de rodillas delante de la puerta.

—No nos merecemos esto —decía, aporreando la persiana de metal.

Parecía que quisiera gritar, pero no le quedaban fuerzas. De pronto oímos un traqueteo dentro y, tras este, un ruido incesante y monótono, muy leve. Ashley se giró y me miró con los ojos empapados en lágrimas. Poco después, la persiana empezó a levantarse hasta que cesó, quedando abierta de par en par.

2

Dentro se veía una luz tenue que quizá no invitaba a entrar, pero cruzamos el umbral sin pensarlo dos veces. Nos encontrábamos flanqueados por una infinidad de cables y placas madre ordenadas en filas de estanterías que apenas producían un ligero runruneo. Con mucha cautela, recorrimos el largo pasillo de circuitos y componentes electrónicos esperando encontrar algo más.

—¿Hola? —gritó Ashley. Pero nadie contestó.

Seguimos avanzando por el angosto y oscuro túnel y Ashley me cogió del brazo en un impulso nervioso. Nos sostuvimos la mirada un segundo y no supe qué decir.

Llegamos al lugar de donde venía la luz, pero esta no nos permitía ver con demasiada nitidez, solo describía la superficie de algunas figuras. Por lo que podíamos apreciar entre aquel juego de sombras, el hangar estaba dividido por paredes de cristal y la sala en la que nos encontrábamos consistía en un espacio diáfano con una gran mesa de acero inoxidable en el centro.

—¿Hay alguien? —insistió Ashley.

De pronto, oímos algo que me recordó al sonido que hacía el *flash* de una cámara y la estancia se llenó de luz. Ahora veíamos todas las partes en las que se dividía el hangar. Estábamos solos.

Las paredes acristaladas separaban la sala principal de otras tres habitaciones: un dormitorio con baño particular, una cocina y un salón con una gran biblioteca. De inmediato, Ashley se dirigió a la cocina, pero no había manera de abrir la puerta. Parecía de las automáticas, como las de los supermercados, y, sin embargo, por más que Ashley agitaba sus brazos, esta no detectaba el movimiento. Probé con la del dormitorio y la de la sala de lectura, pero no había manera. Incluso a la fuerza, poniendo las manos sobre el cristal, no se movieron un ápice.

—Quizá tocando uno de esos cables, o algún interruptor... —sugerí, señalando las estanterías.

—Los cables forman parte de mi sistema operativo y el funcionamiento de toda la unidad puede peligrar si los dañáis. Es conveniente que los mantengáis intactos.

Una voz metálica, aunque también muy suave, se oía por todo el hangar. Parecía que una mujer estaba intentando comunicarse con nosotros.

—¿Hola?

Nadie contestó por un momento.

—¿Quién habla? —pregunté, impaciente.

—Vayamos por partes. Como sois dos, os recomiendo que os inyectéis ambos, si queréis tener acceso a mi ayuda, claro —dijo la voz metálica.

—¿Quién es?

—Me llamo Nitra.

—Nitra, somos Ashley Cooper y Donovan Kennedy, dos turistas que hacían una excursión por el desierto, pero nuestro coche volcó y el guía sufrió un grave accidente. ¿Puede ayudarnos? No sabría decirle con exactitud dónde nos encontramos...

—Puedo ayudaros.

Hubo un silencio, como si la persona que nos hablaba esperase algo de nosotros.

—¿Y nos va a ayudar?

—Como os he dicho, os podéis inyectar los dos.

—¿Inyectarnos?

—La mesa que tenéis a vuestro lado contiene jeringuillas.

Me giré, no había nada sobre la mesa. Sin embargo, estaba provista de orificios a sus lados que describían círculos perfectos. Cinco a su izquierda y otros cinco a su derecha. Aquellas hendiduras contenían jeringuillas en su parte superior, pero no se apreciaban a simple vista, uno tenía que agacharse bien y mirar hacia arriba para descubrirlas.

—¿Qué cree, que vamos a meter ahí el brazo?

—De otra forma no podré ayudaros.

—¿Y después qué? ¿Podremos salir de aquí?

—Sois libres de marcharos cuando queráis, yo solo os puedo prestar mi cooperación dentro de los límites de la unidad.

—Pero usted sabe dónde se encuentra la unidad...

—Por supuesto. Tengo datos de ello.

—Y puede enviar a alguien para que nos recoja, ¿verdad?

—No, no puedo comunicarme con el exterior.
—¿Cómo?
—Me temo que no estoy capacitada para desempeñar esa función.
—¿Dónde se encuentra usted?
—En la misma unidad.
—¿Aquí? ¿Dónde? —la busqué con la mirada.
—En realidad, en ninguna parte, pero mi voz llega a todos los rincones de este lugar.
—Señorita Nitra... Estamos deshidratados y hace dos días que no comemos nada, necesitamos atención médica... Dijo que nos iba a ayudar...
—Y os ayudaré. Pero dentro de la unidad y cumpliendo con el protocolo.
—¿Qué protocolo?
—Primero os tendréis que inyectar una de las jeringuillas, ese es el primer requisito. Pero no todo serán exigencias... Podéis escoger la que más os guste.
—No entiendo nada, Don... —Ashley me observaba con aires de desesperación.
—¡Escúcheme! ¡No puede jugar con nosotros a su antojo, es inhumano!
—El protocolo cuenta con el otorgamiento de recompensas, pero para obtenerlas debéis atenderos a los requerimientos que se os ofrecen y acatarlos —explicó la voz con un tono firme.
Me acerqué de nuevo a los orificios para ver bien las jeringuillas.
—¿Estás loco? —gritó Ashley.

—Solo las estoy mirando...

Todas eran iguales y estaban ubicadas en la misma posición, pero el líquido que contenían sus recipientes de vidrio era diferente. Había cinco de color verde y otras cinco de color azul.

—¿Qué significan los colores?

—Las jeringuillas producen un doble efecto: uno que se puede predecir y otro que no. El color azul y el verde son diferentes, así como sus consecuencias, pero estos no os darán demasiadas pistas... No obstante, cada jeringuilla tiene grabado un símbolo que sí os ayudará a adivinar uno de sus efectos.

Me agaché de nuevo y pude observar que la voz no mentía. Cada jeringuilla tenía un círculo grabado sobre el cristal, con un símbolo en su interior. Tras revisarlas todas, comprobé que había dos símbolos de cada, de modo que podríamos escoger entre cinco tipos de recompensa distintos.

—Ashley, aquí hay una con comida...

—¿Qué?

—Uno de los símbolos...

—A ver si me he enterado... Una especie de máquina está jugando con nosotros. Y tú estás pensando en hacer lo que te dice. Y lo que te dice es que te debes inyectar un líquido verde, o azul... ¡Que no tenemos ni idea de qué es!

—No tenéis límite de tiempo... Podéis pensarlo cuanto queráis, pero, como os he dicho antes, también sois libres de abandonar la unidad si no os convencen las recompensas.

—Nadie vendrá a buscarnos, ya la has oído... —objeté.

—Vas a hacerle caso a una máquina...

—Hace días que no comemos...

Ashley me miró con aspecto severo desde el otro lado de la mesa, pero no dijo nada. Sin pensarlo un segundo más, introduje el brazo en el primer orificio, cuya jeringuilla contenía una dosis verdosa, y su símbolo una cuchara y un tenedor. Estaba sujeta por un mecanismo articulado que la movió con rapidez por encima de mi antebrazo.

—¡No! —gritó Ashley al oír el movimiento del artificio.

Pero la aguja ya penetraba en mi piel y vaciaba su contenido, que empezaba a correr por mis venas. Cuando hubo terminado, el mecanismo se retractó de igual modo y volvió a su posición, produciendo el mismo sonido que antes. Ashley me observaba con una expresión de desconcierto absoluto. Y en ese momento fue ella la que se agachó e introdujo su brazo en otro de los orificios, por el lado opuesto de la mesa.

—¿Qué estás haciendo? ¡No! ¡Ashley, ya tenemos la comida!

Rodeé la mesa a la carrera para intentar detenerla, pero no llegué a tiempo... El mecanismo había vaciado toda la capacidad de su tubo de vidrio.

—Si vamos a inyectarnos, quiero que lo hagamos los dos, sea lo que sea ese líquido —dijo.

De pronto, la puerta de la cocina se abrió. Nos miramos a los ojos por un momento y entramos. Comproba-

mos que todo estaba impoluto y ordenado. En ese mismo instante oímos un ruido, algo lejano, pero teníamos la certeza de que provenía del mismo hangar. Salí de la cocina y observé que la persiana de metal que nos había dado vía libre hacía poco menos de media hora se estaba cerrando.

Corrí cuanto pude por el pasillo de cables para intentar impedirlo, pero fue inútil. Cuando llegué, faltaba menos de un palmo para que se cerrase por completo y solo pude contemplar cómo acababa dejándonos allí, aislados y a nuestra suerte.

